

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

La Tierra de los Dragones

Fernando Savater



Digitalizado por Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

La Tierra de los Dragones

Fernando Savater

«Más allá se extendían los bosques, y en el centro, resplandeciendo confusamente por entre la oscuridad, estaba el gran lago, que escondía en su seno monstruos sorprendentes. Mientras mirábamos retembló netamente en la oscuridad un grito agudo y restallante, la llamada de algún fantástico animal»

Creo que se ha escrito poco sobre la enorme importancia de los dinosaurios. Además de su notorio interés biológico, los dinosaurios tienen una envidiable trascendencia mítica y una repercusión epistemológica de primer orden. En lo tocante a la biología, otros más doctos que yo- en la materia podrían hablar largo y tendido de esta proliferación de reptiles de retumbante nombre que cubrieron las tierras, mares y hasta cielos del remoto Jurásico, convirtiéndose por sí solos en toda una zoología completa. Son sus aspectos míticos y epistemológicos los que ahora quisiera destacar. La calidad legendaria del dinosaurio consiste en responder adecuadamente a una íntima apetencia del alma romántica que Tolkien expresó en una ocasión así: «I desired dragons with a profound desire.» Borges señaló en su estudio sobre las literaturas germánicas que el dragón contagia de puerilidad todos los relatos en que aparece; esto es, en buena medida, cierto, pero no desmiente ni aminora nuestro profundo deseo de dragones, más hondo que cualquier apetencia de madurez literaria. El dragón aúna en su bulto escamoso la ferocidad y la desdicha, el sortilegio y las fuerzas telúricas, el último obstáculo que empecé la conquista del tesoro y la resignación desventurada de quien se ve por los siglos atado a una riqueza que no puede gozar más que como guardián; trepidante fruto de las entrañas de -la tierra, su aliento es fuego, sus alas le convocan a las alturas y algo en su silueta y ciertas de sus apariciones le certifican bestia marina: además, un baño de su sangre hace invulnerable y su esperma -el jade- es garantía de inmortalidad. Es lo tenebroso y lo incorruptible, la necesidad de la muerte o la clave de la vida perenne. El dragón es insustituible en la imaginería de nuestros arquetipos. ¿Cómo no agradecer a la paleontología su generosa evocación de terribles lagartos de carne y hueso -para nosotros, sólo hueso ya, desdichadamente-, que sacia por vía racionalista nuestro anhelo de dragones? Evidentemente, no son tan satisfactorios en su funcionamiento mítico, como los auténticos dragones de las leyendas, pero suplen con el sello científico que los garantiza algunas de sus más obvias deficiencias estructurales; menos éticos y nostálgicos que los que pueblan los cuentos, los dragones de la paleontología son mucho más fecundos en formas extrañas y en la sugerencia de un ciego y devastador salvajismo. Naturalmente, lo que sabemos del comportamiento de estos reptiles no son sino conjeturas científicas, es decir, leyendas racionalistas, probablemente, influidas por la historia de Beowulf o de San Jorge: en cierto modo, los dinosaurios son las espeluznantes crías brotadas de los huevos puestos en las imaginaciones por los dragones míticos. Y así nos remitimos al valor epistemológico de estos lagartos del trueno.

¿Se ha considerado alguna vez que los dinosaurios son la primera gran hipótesis romántica que triunfa sobre el positivo sentido común antimaravilloso de la ciencia moderna? Efectivamente, cuando se comenzó a prestar atención científica a los primeros fósiles -en estudios de personajes tan ilustres como Leonardo da Vinci, Francastoro o

Georgius Agricola- hubo una fuerte tendencia a considerarlos como simples piedras de formas caprichosas y no como restos petrificados de animales antiquísimos.

El racionalismo laico se oponía a lo que el mismo Leonardo consideraba una prueba fehaciente de la realidad del diluvio universal, al encontrarse restos de animales marinos en tierra firme y lejos de donde podrían haber sido arrastrados verosímelmente por fuerzas naturales. Los positivistas de la época hablaban de una «vis plastica» de la naturaleza, que se entretenía en imitar en las rocas formas minerales y vegetales. Todavía en el siglo XVIII, Voltaire hace chistes sobre los fósiles encontrados en Alemania, que para él no son más que simples pedruscos amañados por los curas para probar sus supercherías. Después de todo, ¿no era esta opinión la más lógica y «científica»? Olvidemos por un momento aquello que ya se nos ha enseñado como conquista irrefutable de la sabiduría moderna: ¿no parece muchísimo más verosímil, más racional, más ciencia de la buena, suponer que los aparentes huesos y las aparentes huellas encontradas en estuches de piedra, son producto de la erosión o de los mecánicos plegamientos de la corteza terrestre, antes que proclamar la portentosa teoría de que son restos de dragones y elefantes grandes como casas que hicieron temblar con sus luchas titánicas retorcidas selvas de pesadilla, millones de años antes del nacimiento del primer hombre? Y, sin embargo, fue la hipótesis maravillosa la que se reveló más sólida: los dinosaurios reivindicaron los prestigios de la imaginación frente a la mutiladora autocensura del común racionalista, para el que «mediocre» equivale a «probable» y todo descubrimiento que decepciona las secretas apetencias legendarias de los hombres se considera inmediatamente como confirmado en un ochenta por ciento antes de cualquier otra verificación. Crueles tiranosaurios, estegosaurus abrumados, diabólicos pterodáctilos semejantes a cometas medievales, vuestras sombras imposibles de los museos para venir en ayuda de los cuentos, para aplacar de algún modo nuestra ansia de dragones, para corregir la obsesión del científico positivista de desconfiar de todo lo asombroso y de rechazar lo insólito o lo exaltante.

Una de las más divertidas sátiras de los científicos modernos, querellas académicas y su visión reductora pero enérgica de la realidad, es también una de las mejores novelas de aventuras que ha consentido este siglo. Se trata de *El mundo perdido*, de Sir Arthur Conan Doyle, novela en que se crea al profesor Challenger y que figura entre las historias mejor contadas de este narrador fuera de serie. El argumento nos parece hoy manido, a causa de las incontables imitaciones que ha soportado (entre las más afortunadas figura serie de la isla Caprona y la de Pellucidar, ambas fruto de la abrumadora inventiva de Edgar Rice Burroughs); puede resumirse así: el profesor Challenger, viajando por América del Sur, descubre rastros de vida prehistórica en las selvas amazónicas; vuelve a Londres y prepara una expedición para verificar sus teorías; encuentran estos exploradores una meseta inaccesible en plena jungla, habitada por bestias antediluvianas y razas en los albores de la humanidad; tras numerosos peligros vuelven a Londres con sorprendentes pruebas de su descubrimiento. Conan Doyle consigue narrar toda la aventura, situando siempre al lector en el punto más adecuado para disfrutar de ella, por lo que cada escena adquiere una suerte de mágica intensidad gozosa: *El mundo perdido* es una novela que se lee en un estado de ánimo permanentemente jubiloso, propia de una víspera de fiesta o del alba ensoñada y excitante en que vamos a emprender un viaje anhelado. Es un libro escrito con buen humor, en el que el autor contagia a su público el disfrute que le produjo componer cada página. Las figuras de los dos científicos expedicionarios, Challenger y su rival Summerlee, quedan simpáticamente

maltratadas. Ambos son obstinados, incapaces de todo goce que no derive de la taxonomía o de la prioridad en el descubrimiento, pero con todo, esclavos de una especie de fanatismo que casi podría fundirse, en ocasiones, con la grandeza. Challenger, en especial, es una metáfora animada del salvajismo científico decimonónico, privilegiado exponente de lo que Giambattista Vico llamó «la barbarie de la reflexión». Su aspecto físico le asemeja de tal modo al hombre de las cavernas que el jefe de la tribu de prehomínidos que hace prisioneros a los exploradores le perdona la vida tomándole por un colega de espelunca; pero mucho más bárbaro que su exterior es su interior, donde su fisonomía es la de un auténtico Atila saqueador de mitos, anticlerical, antimágico, demoleedor de la bruma de vacilación ante lo inconmensurable y de confianza en la maravilla que configura el perfil más humano de lo humano. Challenger es la hipóstasis de la concepción fáustica que no conoce otra forma de acercamiento a lo real que la instrumentalización manipuladora de lo existente; todas sus clasificaciones, mediciones y búsquedas de la causa eficiente de cada fenómeno no tienen otro objetivo que el control: saber es saber manejar. Ese manejo se reviste con la capa legitimadora de lo útil, pero en último término su verdadera aspiración es satisfacer orgullosamente la pura libido dominandi, como se ve en el sorprendente cuento Cuando la tierra lanzó alaridos, en el que se narra cómo Challenger descubre que nuestro planeta es un enorme animal, una especie de colosal equinodermo, y se las ingenia para clavarle, en una zona sensible, un tremendo agujijón, provocando un escalofriante aullido de la tierra ultrajada. Pero intratable y vanidoso como es, no se le puede negar al profesor Challenger auténtica categoría, una prodigiosa capacidad para ampliar, a partir de unos cuantos datos ciertos, los márgenes (le lo probable, una vibrante imaginación teorizadora y una enérgica determinación, que no retrocede ante nada a la hora de cumplir sus proyectos. En lo moral, empero, y ésta es la ironía de Conan Doyle, su condición es sorprendentemente arcaica: Challenger es una mezcla de suprema sofisticación teórica y máxima rusticidad de comportamiento, lo que se advierte, incluso, en sus condiciones más positivas, como su infantil y pesado sentido del humor o su feroz concepto de la dignidad personal, propio de Tiglath Pileser III, pero no de un académico británico. Para bien y para mal, con el espíritu positivo, emprendedor y lleno de optimismo científico del siglo XIX renace una forma de barbarie, pisoteadora de la trama de matices, distancias y respetos que son el producto más refinado de la civilización, pero quizá también el paralizador comienzo de su decadencia.

El mundo perdido se abre y se cierra con dos tumultuarias sesiones académicas de una agilidad narrativa y una comicidad auténticamente insuperables. El periodista Malone, que quiere hacer alguna proeza para conquistar a una novia remisa, asiste a la primera de ellas y se propone como voluntario para acompañar a Challenger en su discutida búsqueda de la meseta prehistórica. Será el suyo un viaje iniciático de calidad radicalmente irónica, pues cuando retorne tras haber superado los terribles peligros, digno ya del corazón de su dama, la encontrará casada con un insignificante hombrecillo que nunca ha corrido otra aventura que la de pólizas y expedientes que le impone su condición de burócrata. Esta decepción final es la auténtica prueba en la que la iniciación se cumple. En esa primera reunión académica se incorporan también a la expedición otros dos aventureros: el profesor Summerlee, colega y rival de Challenger, que decide viajar con él para controlar sus inverosímiles afirmaciones y Lord John Roxton, cazador, viajero y guerrero de fortuna, que sólo aspira a añadir otra portentosa correría a su ya impresionante palmarés. Este último, con sus nervios de acero y su inflexible belicosidad, se convertirá, de algún modo, en el modelo mítico de Malone, ese perfecto luchador en que su viaje iniciático debe acabar convirtiéndole. Finalmente,

fracasado su matrimonio, Malone retornará con él a la meseta que el tiempo olvidó. Pero la sesión general del Instituto de Ciencias, con la que concluye la novela, es la escena verdaderamente imborrable del libro. El capítulo se narra en forma de crónica periodística y comienza con intervenciones de estudiantes levantiscos y profesores escépticos, tales como las que habían animado magistralmente la reunión académica en que se convoca el viaje. Pero poco a poco la tensión sube de grado: los exploradores han perdido la mayoría de sus documentos científicos, todas las fotografías y lo más significativo de sus colecciones paleontológicas; el público se ve obligado a prestar fe a sus increíbles declaraciones sin más prueba que su simple palabra. Surgen, naturalmente, incrédulos, que se resisten a ello y pretenden reventar el éxito popular de la Asamblea. Entonces, Challenger hace traer una gran caja de madera, lo único que los expedicionarios han conservado de su asombroso viaje. La abre y se inclina sobre ella, chasqueando los dedos y llamando acariciadoramente a su ocupante; al momento aparece en el borde del cajón la detestable figura de un pterodáctilo vivo, que, alarmado por el enorme tumulto que su presencia provoca en la sala, echa a volar entre el público y finalmente se escapa por una ventana abierta. El brioso allegro en que está contada la escena, la imagen de la bestia antediluviana viva aterrorizando a la convención de paleontólogos, la acumulación de detalles significativamente jocosos, todo ello estimula en el más alto grado el puro placer de la lectura, no deudor de nada, no enfeudado u orientado a nada. Desde que leí esas páginas perfectas, nunca he vuelto a asistir a una conferencia o un debate científico sin alentar la esperanza de que el dragón de la realidad hiciese de repente aparición en la sala y estremeciese el aire por lo previsible con el batir inaudito de sus alas membranosas.

En algún oculto rincón de la Amazonia se alza, inaccesible como un amor prohibido, la meseta que el tiempo olvidó, la Tierra de Maple White, que exploró por primera y última vez la pequeña expedición del profesor Challenger, el legendario y prodigioso país de los dragones. La sangrante luz de un sol excesivo abruma helechos gigantes y enormes bloques de lava; en el Lago Central rompe superficie el cuello serpentiforme de un plesiosauro, mientras cientos de pterodáctilos se agremian en una boca volcánica de arcilla azul, nutrida de diamantes que nadie pretende; las tribus de hombres-monos dedican las horas de luz a excavar trampas en las sendas que los grandes mamíferos emplean para llegar a un abrevadero y las estacas se aguzan hacia lo alto en lo hondo de pozos disimulados. Con la llegada de la noche, la manigua antediluviana es recorrida por el trallazo de rugidos de estremecedora avidez: los grandes dinosaurios carnívoros han salido de caza, así como el imposible tigre de dientes de sable; bajo la luminosidad desatenta de la luna, hay asaltos y combates como el ojo humano no está destinado a soportar jamás; en sus precarias cuevas encaramadas en el farallón rocoso, los prehomínidos tiemblan ante el furioso latido de la selva tenebrosa y pueblan su desamparo con las siluetas terribles o bienhechoras de sus primeros dioses. Todo lo que hoy nos es familiar está aún por empezar. Yo no quisiera ser la criatura primordial que acecha y sueña en su cueva, sino ese viajero que viene del futuro a cumplir radicalmente aquella cita de Karl Kraus: «la meta es el origen». De algún modo lo soy, cuando sueño con dragones y dinosaurios, con una oscuridad viviente, purificada de la presencia obsesiva de los hombres triunfantes. No es, sin duda, más que un antojo de adolescente: me recuerdo muy bien en la cama, a mis trece años, con los ojos húmedos de extrañas angustias y pasiones, atrincherado en la tiniebla. Por una parte, me parecía imposible que se pudiera ser tan perfectamente desdichado; por otro lado, no me abandonaba la convicción íntima de que no podía haber nadie más feliz que yo en el mundo.

Entonces, sin dejar quizá de llorar, reconstruía paso a paso el camino que lleva al mundo perdido; me unía tímidamente a la expedición de Challenger y confiaba en la puntería sin fallos de Lord John Roxton; recorría con Malone el camino nocturno de sobresaltos y monstruos que lleva al Lago Central; sentía tras de mí el jadeo agobiante del tiranosauo al ataque. Huía, corriendo con aterrorizada dicha a través de las sombras del país de los dragones. Mucho antes de ser alcanzado por mi tiránico perseguidor, me dormía sin recuerdos en la paz del Señor.

Edición digital Revista literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2008 Revista Literaria Katharsis 2008

